

La Vida Londinense

Nosotras, mi hermana Mérida y yo, nacimos en un pequeño pueblo llamado San Martín en los Llanos Orientales de Colombia, hacia 1968 y 1969. En 1976, al llegar a Medellín, después de un viaje en bus de 16 horas, le pregunté a mi mamá “Por qué esas estrellas se ven tan cerca” y mi mamá dijo: “No son estrellas, son luces... Hemos llegado a la capital de la montaña y la segunda ciudad más importante del país”. Llegamos solas, sin mi papá.

Crecimos en sus barrios populares: Pedregal, Castilla, Robledo, Yarumito, Campo Valdés, Niquía, París y Londres. Recuerdo que era difícil encontrar donde vivir ¿Una habitación para Usted y dos niñas pequeñas? – No señora. Por este y otros motivos en los tres primeros barrios mencionados vivimos en varias casas. En Pedregal vivimos en cinco casas grandes, pero lo que nos alquilaban era una pequeña habitación que mi mamá pagaba con el salario mínimo que ganaba trabajando en restaurantes de domingo a domingo, de 7:00 am a 7:00 pm.

Las torres estaban al otro lado, donde vivían los “acomodados”. En estos barrios periféricos habitaba la pobreza y la soledad, pero también la solidaridad, y especialmente un gran amor entre nosotras tres: mi mamá, mi hermana y yo.

Fuimos adiestradas para luchar contra la pobreza, mi mamá nos decía: “Tienen que estudiar para salir adelante” y lo primero que hacía era matricularnos en la escuela y comprar los uniformes, los cuadernos, etc. Los cinco primeros años de educación primaria los hicimos en nueve escuelas. Escuelas públicas donde constantemente había paro y por tanto no había clases.

Deberíamos generar ingresos a través del trabajo honesto. Esa era nuestra misión en un contexto de escasas oportunidades. A los 16 años yo trabajaba en una fábrica de porcelanas de 7:00 am a 5:00 pm y estudiaba de 6:00 a 10:00 pm. Cuando empecé a trabajar nos pasamos a vivir a Londres, un barrio muy popular, alquilamos un apartamento pequeño, teníamos mejor ropa y mejor comida. En la década de los ochenta, Londres fue uno de los barrios que protagonizó el fenómeno del sicariato, donde pasaba como en “La Virgen de los sicarios”, que los adolescentes hacían “mandados” de los narcotraficantes como asesinar o comercializar droga, y por esto recibían un pago. Las jóvenes más bonitas del sector eran conquistadas por estos jóvenes con regalos como crema de manos, champú, ropa, etc. Adolescentes como los protagonistas de la película “No Futuro” y del libro “No Nacimos para Semilla”, de este sector de la ciudad.

Este es el entorno en el que, como tanto otros, Mérida, mi hermana menor y yo crecimos. Mientras la mayoría de adolescentes veían televisión y conversaban en alguna esquina, yo trabajaba y estudiaba, y le transmitía a mi hermana la idea de estudiar para salir adelante. Maduraba la idea de luchar contra la pobreza, la igualdad de derechos y de oportunidades. Mientras que la mayoría de adolescentes se preocupaban por la apariencia y la marca de ropa, a mí me interesaba encontrar mecanismos honestos para salir de ese contexto. La palabra libertad tenía un amplio significado para mí y era el sentido de mi vida: Libertad de la pobreza, del hambre, de la inseguridad, de la timidez, del miedo.

Hablo de la fuerza para luchar contra la marginación y la discriminación. Hablo de los valores de solidaridad y responsabilidad, de ser honesta, transparente, insobornable, auténtica, valiente y del esfuerzo constante por mejorar y dar lo mejor de sí misma como base para mejorar el contexto social. Hablo de hacer teatro popular como crítica a la burguesía, y de participar en las reuniones de la Juventud “Revolucionaria” por el sueño de lograr justicia social. Hablo de leer poesía, literatura y sociología, y hacer deporte para pensar y estar saludable.

Hablo de que años después me gradué como Socióloga y me fui a trabajar a la selva del Guaviare, contexto marginado donde la base de la economía era el cultivo de coca y que, tras quedar desempleada, viajé a Cali, la tercera ciudad más importante del país, “la sucursal del cielo” para trabajar con una Organización No Gubernamental, en proyectos de participación comunitaria, derechos humanos, atención primaria y promoción de la salud en los contextos más marginados y excluidos de mi país.

Hablo de mi hermana que se formó como Auxiliar de Enfermería, tres años de estudio financiados con los préstamos que yo hacía en el Fondo de Empleados de la ONG con la cual trabajaba.

Pero la historia también estaba bien resguardada. Mi hermana Mérida trabajó como Auxiliar de Enfermería en la Clínica Las Américas durante siete años donde muchas veces la premiaron porque destacaba por su labor. Trabajando y estudiando durante casi tres años, se profesionalizó como Enfermera. Pero, después de la desilusión de no lograr ascenso en su amada Clínica, ganó el concurso para vincularse como enfermera en España.

En la Residencia San Juan de Dios de El Álamo, Mérida fue acogida y respaldada. Allí descubrió y entregó lo mejor de sí misma en el ejercicio cotidiano de su profesión, sirviendo con alegría y tejiendo lazos afectivos incondicionales. Y ellos, ángeles de otro tiempo, las directivas de la institución, depositaron en ella la confianza para tomar decisiones. Los ángeles de este tiempo, las compañeras y compañeros de trabajo, la hicieron sentir una mujer hermosa y valiosa. Su capacidad para ayudarles se fortaleció en el trabajo cotidiano. Otros ángeles, las ancianas y ancianos de la Residencia le permitieron entender que lo mejor de sí misma lo revelan los otros y que el cariño humano es el mejor hogar y cielo terrenal. Y eso que ellos, sin duda, tenían buenas historias en los bolsillos, pero disfrutaban mucho más la risa de mi hermana.

Pero la ficción de nuestra inmortalidad siempre había estado allí, crecer para servir a los demás. Mi hermana Mérida era feliz con su familia: su esposo e hija, a quienes logró traer desde el otro lado del océano. Poco después obtuvo la nacionalidad y la homologación de su título de enfermera y fue nombrada encargada, es decir, coordinadora, y su trabajo lo hacía con la humildad y flexibilidad de quien ejerció como Auxiliar de Enfermería y que no había sido ascendida cuando se profesionalizó.

Este hecho no me parece casual. En esos tiempos y en algunas instituciones, la meritocracia aplicaba para quienes tuvieran ciertas influencias. Pero esta historia, la historia de Mérida, mi historia, viene a organizarse. Yo trabajaba como Coordinadora Técnica del objetivo de Participación Comunitaria en una institución cuya misión es la

garantía del derecho a la salud de la población de los países Andinos. Y me decía a mi misma: *“Estamos recogiendo los frutos de esta ardua cosecha”*.

Y llegó lo inesperado. Una historia de huecos, de grietas, por las que escapar, de agujeros. Sí, simultáneamente a nuestro tiempo. Eso significa que la historia tiene fallas. El proyecto tenía flecos, no sé si aleatoriamente o en virtud de una probabilidad calculada, del destino y de lo que tenemos que aprender.

Mélida sostiene que yo le hice señales para aterrizar aquí y que en otras vidas quedó pendiente la lección que ella tiene que darme. Que yo sea hermana de mi hermana para aprender y sufrir esta lección en esta vida y escuela. Teníamos que nacer y estar aquí. Naceríamos entonces cuando halláramos el modo de cruzar definitivamente.

- Es fácil.

No, no era tan fácil. Porque cuando uno se ha criado construyendo Historia tiene una propuesta que hacer al mundo.

Y el proyecto estaba escrito y el proyecto se había cumplido.

Éramos seres totalmente equipados sirviendo a través de nuestro trabajo y haciendo nuestro aporte para construir algo mejor.

Pero tenía que haber grietas, como si el amor y la felicidad fuera sólo un espejismo. En octubre de 2010 le diagnosticaron a mi hermana cáncer de mama nivel IV, con metástasis ósea y en el hígado. El 5 de noviembre inició tratamiento quimioterapéutico paliativo. Luego, fue la metástasis cerebral.

En una época de crisis, después de muchos trámites y esfuerzo constante de mi hermana, obtuve la visa de Residencia y Trabajo en España. Llegué para ver a mi hermana, a mi flor, transformarse. Ahora era el desaliento, la fatiga constante, la pérdida de apetito y de peso, la alteración del gusto, náuseas y vómito, aumento de la tensión muscular, dificultad respiratoria, alteraciones del ritmo cardíaco, hinchazón de la cara, dolor de articulaciones y dolor muscular, estreñimiento, infecciones de la vejiga y en la piel, herpes, entumecimiento y hormigueo en los dedos, pérdida de cabello y de uñas, dificultad para conciliar el sueño, somnolencia, ansiedad, dolor de huesos, calambres en las piernas, hemorroides... Mi amada hermana, mi mariposa, mi niña mantenía buen sentido del humor y de conversación. El 14 de noviembre de 2011 interrumpieron el tratamiento con quimioterapia. Empezó a tomar comprimidos de morfina, y cada día aumentaban las dosis que no lograban aliviarle el dolor. Recuerdo cuando ella le dijo al equipo de salud:

-Lo siento mucho, me da pena con Ustedes, pero no aguanto más, no podré cumplir la promesa de morir después de las fiestas.

La médica le dijo:

-Podemos darle un medicamento más fuerte para calmar el dolor. Pero estarás más dormida y no podrás verlos (a tu hija, hermana y esposo).

Y mi hermana dijo - Quiero verlos.

El dolor fue tan fuerte que al siguiente día la sedaron. Estuvo sedada y yo acostada a su lado, cuatro días con su mano en mi mano y dándole muchos besos le dije: - Tú ya puedes irte tranquila mi mariposa, te extrañaremos mucho, pero estaremos bien.

Sólo a través de la música y los libros, descubrimos Mérida y yo el agujero por el que antes o después habríamos de deslizarnos. Durante su enfermedad, escuchamos aquellas canciones con las cuales bailamos y los libros con los cuales lloramos. Conversábamos mucho sobre el sentido de familia y del trabajo. Recordamos.

Por ser yo la hermana mayor todo lo asumí con excesiva seriedad, en silencio y soledad y ella siempre con más alegría, sentido sociabilidad y de humor. Pero yo esperaba a que Mérida supiera también cuando deslizarnos y caer al otro lado.

Mérida murió el 26 de diciembre a los 40 años con muchos sueños de amor y de vida por delante.

Llegamos.

Al otro lado del agujero empezó, por fin, la otra historia.

...En cada plato lavado esta la pregunta ¿Esta es la cosecha de la humildad y la bondad? ¿Quién puede presentir que en cada nevera, horno y platos limpios se han vaciado tantas lágrimas de inmenso dolor?

Bertha Luz Pineda Restrepo

Correo electrónico: berluzpires@gmail.com